

Profesión PAPÁS

Cómo orientar el futuro de sus hijos: educar para el bienestar

Augusto Pérez Gómez, Ph.D.

Con la colaboración de Marcela Correa Muñoz, Leonardo Aja Eslava, Luis Ángel Parra Garcés y Eduardo Villar Concha.

Publicado por:
Dupligráficas Ltda.
Bogotá, D.C. - Colombia
dupligráficas@cable.net.co
d.upligra@gmail.com
ISBN: 978-958-57904-1-4

INTRODUCCIÓN

En el año 2012 el periódico El Espectador le pidió a la Unión Temporal Nuevos Rumbos-Mejores Amigos que escribiera una serie de fascículos dirigidos a los padres de familia en los que se analizaran algunos de los principales problemas que surgen cuando los hijos llegan a la adolescencia. El éxito de los fascículos fue evidente desde los primeros números.

Teniendo en cuenta la muy limitada disponibilidad de materiales accesibles en los que se analicen las numerosas situaciones que con frecuencia se convierten en quebraderos de cabeza cuando los hijos empiezan a crecer, Nuevos Rumbos tomó la decisión de organizar la publicación original de una manera diferente, cambió algunos títulos y agregó un nuevo capítulo; en ese trabajo me ayudó mucho Juliana Mejía. Así surgió este libro.

Esperamos que su contenido pueda ser aprovechado para ampliar la visión de los padres sobre sus hijos; que los “tips” que se presentan contribuyan a resolver algunas situaciones que pueden volverse complicadas; que sus contenidos inviten a reflexionar, a dialogar y a buscar alternativas a conflictos que en otras épocas se resolvían de manera autoritaria y producían fracturas en las relaciones y en las emociones; y que ayude a los padres a entender que ellos saben mucho más sobre casi todo que sus hijos, así estos puedan derrotarlos en segundos manejando un celular de última generación o en un juego electrónico desafiante y complejo.

A Marcela, Leonardo, Luis Ángel y Eduardo, gracias por sus aportes.

A.P.G., agosto de 2013

3

¿AUTORITARISMO O COMPLACENCIA?

La familia “patriarcal”

Hasta donde llegan los registros de la historia humana, la estructura y la dinámica de la familia sufrieron pocos cambios hasta bien avanzado el siglo XX. Aun cuando no sabemos con precisión cuándo surge la familia (por oposición a los grupos que se desplazaban juntos sin que se identificaran parejas ni padres biológicos), sí sabemos que la familia aparece asociada al sedentarismo y a la conformación de unidades hombre-mujer en las que se sabía (o se creía saber) quién era el padre de una determinada prole. Los roles aparecen claramente asignados: las mujeres tienen como papel fundamental el cuidado de los hijos, la recolección y preparación de alimentos y todas las tareas asociadas, y la fabricación de implementos de la vida cotidiana; los hombres tienen la responsabilidad de cuidar y proteger la familia, fabricar instrumentos, y proveer alimentos producto de la caza o la agricultura. Este esquema, conocido como “familia patriarcal”, que naturalmente es una simplificación con motivos ilustrativos, generó unas formas

de relación padres-hijos que se mantuvieron por lo menos durante los últimos 10.000 años, y cuyas características más sobresalientes eran:

- El padre ejercía una autoridad casi ilimitada sobre su familia;
- El padre tomaba todas las decisiones importantes y no era necesario que tomara en cuenta el punto de vista de los otros miembros de la familia;
- El padre determinaba las reglas de convivencia, y se suponía que la madre lo secundaba en esta labor;
- La comunicación era totalmente unidireccional: el padre ordenaba, los hijos obedecían; y hasta comienzos del siglo XX, esto incluía a la esposa;
- Los castigos eran inapelables, y con mucha frecuencia físicos;
- La relación del padre con sus hijos se iniciaba en el momento en que ellos se convertían en personas productivas, lo cual dependía parcialmente del nivel socioeconómico;
- La relación de la madre con sus hijos era permanente, pero también marcada por el autoritarismo: los hijos obedecían... u obedecían.

El siglo de los grandes cambios

Las dos guerras mundiales del siglo pasado (1914-1918 y 1939-1945) provocaron giros dramáticos en la historia humana, y uno de esos giros está directamente relacionado con la familia. Así, hasta antes de 1950 la cantidad de divorcios en el mundo occidental era muy bajo, y las dinámicas familiares se mantenían en una pirámide en cuya cima estaba el padre; pero en el curso de unas pocas décadas ocurrieron transformaciones que no se habían visto durante miles de años: las mujeres empezaron por adquirir decenas de derechos que antes no tenían,

como el voto, la educación superior, el trabajo bien remunerado, la independencia económica, el reconocimiento de la igualdad y el derecho a no ser maltratadas físicamente; esto último pasó de ser un derecho masculino consagrado en las leyes de muchos países, a ser un delito en casi todas las legislaciones actuales.

¿Por qué la guerra puede haber contribuido a producir semejantes transformaciones? Porque esas guerras ocurrieron en pleno desarrollo industrial, y mientras que los hombres se hacían matar en los campos de batalla, las mujeres asumieron las funciones de producción que nunca antes habían tenido, y demostraron que podían hacerlo tan bien –y a veces mejor- que los hombres. Todo esto significa, sin duda, un gran avance en la cultura occidental.

Pero estos cambios hicieron que la pirámide se derrumbara. En tiempos increíblemente breves desde el punto de vista histórico -alrededor de 30 o 40 años- los roles se modificaron hasta volverse irreconocibles: la autoridad paterna virtualmente desapareció, pero no fue asumida por la madre; se popularizaron ideas como la de los padres “amigos” de los hijos y de que a los hijos no había que ponerles límites, ni normas, para no impedir su libre desarrollo y generarles “traumas”. Estas ideas, por absurdas que sean, han provocado efectos deplorables:

El impacto de los cambios

- Los niños se convirtieron en tiranos, tan autoritarios y arbitrarios como lo fueron los padres de generaciones anteriores: ahora son ellos los que marcan las pautas de comportamiento;
- Hay una profunda ambigüedad en la transmisión de ideas sobre lo bueno y lo malo, lo correcto y lo incorrecto, lo aceptable y lo inaceptable;

- Los hijos tienden a crecer solos, o al cuidado de empleados, o en el mejor de los casos, de sus abuelos;
- La comunicación no mejoró realmente: sigue siendo unidireccional, pero con cambio radical de sentido: los padres ya no dan órdenes (que no serían obedecidas de todas formas, debido a su inconsistencia), sino ruegos y súplicas, que tampoco son escuchadas;
- El concepto de familia se transformó sustancialmente: en un elevado porcentaje de casos, es un caleidoscopio de relaciones de personas divorciadas una o varias veces, con hijos que no tienen ningún parentesco entre sí pero que comparten un techo, y sobre los que ningún adulto parece capaz de ejercer autoridad;
- El tiempo compartido es mínimo: las prioridades de los adultos están en el trabajo, las de los hijos en sus pares y en objetos tecnológicos o de entretenimiento, entre otros;
- Los niños pueden adoptar comportamientos propios de los adultos a nivel de toma de decisiones, consumo de sustancias, sexualidad, sin que nadie les ponga límites;
- La consigna transmitida es que los menores solamente tienen derechos, lo cual no los prepara para la realidad de la vida: no hay derechos sin deberes;
- No hay consecuencias para el mal comportamiento, y si las hay suelen ser muy inconsistentes; de esta manera se refuerza la convicción de que es posible hacer cualquier cosa y no pasa nada.

Todo lo anterior, convertido en patrones de comportamiento, es lo que se conoce como *estilo de crianza indulgente*, que tiene un impacto profundamente negativo en la sociedad como un todo, en las relaciones dentro del núcleo familiar, y en el bagaje con el que llegará el joven a la adultez: el mundo, y la vida, *no son “indulgentes”*; en la vida real *todo* tiene consecuencias; tenemos que enfrentar permanentes obstáculos y límites, a veces insalvables; muchas veces perdemos, por más esfuerzo que hayamos invertido en ganar; y casi nunca nuestros deseos se cumplen de manera inmediata, como los padres indulgentes suelen hacer con sus hijos.

¿Existe un tercer camino entre el autoritarismo y la indulgencia?

Por supuesto que sí! El autoritarismo y la indulgencia son los extremos de un continuo, y terminan siendo caminos facilistas que, en el momento actual, resultan poco funcionales o son abiertamente negativos. Probablemente los tiempos patriarcales desaparecieron para siempre del mundo occidental; y el estilo indulgente está condenado a desaparecer por su evidente fracaso como modelo relacional y de educación. ¿Cuál es ese tercer camino?

El tercer camino

El elemento fundamental es la aceptación de que las funciones y responsabilidades de los padres implican **relaciones asimétricas** con los hijos:

- Son los padres quienes deben ejercer la **autoridad**: no se puede ejercer autoridad con los iguales.
- Las **normas y límites** son función parental de capital importancia; algunas de ellas se pueden discutir, otras no. Recuerde: la familia es pilar de la democracia, pero no funciona como tal, precisamente porque las relaciones

no son simétricas; usted tiene obligaciones y responsabilidades que no tienen sus hijos, y eso lo faculta para tomar ciertas decisiones que ellos no pueden tomar.

- Son los padres los que tienen la obligación de velar porque las **necesidades básicas** de los hijos sean satisfechas (educación, alimentación, vestuario, vivienda, afecto); estos tienen la obligación de no despilfarrar y no abusar de esos recursos.
- El **respeto** es una condición esencial de la relación padres-hijos, pero sus manifestaciones no son idénticas, pues los padres tienen una capacidad decisoria mucho mayor, abarca más campos, tiene más implicaciones sobre otras personas.
- El **trabajo de los padres** incluye verbos como guiar, orientar, corregir, acompañar, vigilar, escuchar, dar afecto, apoyar, impedir (que ocurran cosas indeseables), cuidar, compartir.... Estos verbos serán objeto de análisis en el próximo fascículo

El tercer camino abre, entonces, posibilidades muy ricas de desarrollar nuevos tipos de diálogo, de definir el papel que cada uno juega dentro de la estructura familiar, elimina muchas de las ambigüedades del estilo de crianza indulgente, le proporciona a los padres y a los hijos la posibilidad de crear vínculos sanos y consistentes, y hace innecesaria la rigidez del autoritarismo.